

Alterargia: nostalgia del tiempo que jamás sucedió

Esther López Barceló

*Buscar. No es un verbo sino un vértigo.
No indica acción. No quiere decir ir al encuentro de alguien sino
yacer porque alguien no viene.*

Alejandra Pizarnik

La memoria es búsqueda. La búsqueda en toda su extensión y sus conjuntos. Desde la de la verdad a la de la justicia, saltando entre palabras y esqueletos. La memoria se invoca en el silencio que se quiebra un día en la penumbra de una sala de estar, pero también en la recuperación de los huesos que una vez fueron piel y ojos, pelo y venas, voz y carne. Todas las grietas, miedos y oquedades que caben en esas escenas forman parte del proceso. Incluso en la búsqueda infructuosa, la memoria se aparece. Porque cuando el pasado altera la realidad, la memoria se escribe en presente de indicativo.

Hablar de memoria, en España, este lugar del mundo desde el que escribo, remite a la historia sepultada de los vencidos. De quienes defendieron la democracia republicana frente al golpismo homicida allá por el siglo XX. En España hay, todavía, 2.567 fosas comunes —según datos del Ministerio de Justicia— que abrigan los restos de cientos de miles de desaparecidos. En 1939 —y antes en los territorios tempranamente ocupados— se inició una represión sistemática e implacable contra todo aquel o aquella que fuera considerado «rojo», republicano o, simplemente, enemigo. Enemigo o enemiga en un sentido del término furiosamente amplio que integraba a toda persona por la que un vencedor pudiera sentir una particular inquina. La sed de venganza se sació a través de un universo concentracionario, carcelario y criminal que lo mudó todo. Puede decirse que los fusilamientos masivos de los primeros años de dictadura [in]auguraron los fundamentos del nuevo estado. Y la evidencia más tangible de ese horror primigenio se halla en los agujeros que abrieron en la tierra para arrojar gente. La definición de fosa común de la Real Academia de la Lengua Española refiere a un «*lugar donde se entierran los restos humanos exhumados de sepulturas temporales o los muertos que, por cualquier razón, no pueden enterrarse en sepultura**».

[*.-¿Por cualquier razón?

-Sí, han leído bien. *Por cualquier razón*, dicen los académicos de la lengua del país de los miles de desaparecidos forzados.]

La memoria es como el capullo de una oruga. Es una veladura capaz de mudar los objetos más banales en apéndices del cuerpo desaparecido. Lápices, ropa, cartas, relojes; se transmutan en oídos, manos, ojos e incluso carne. Este fenómeno, a través del cual las cosas dejan de ser cosas para pasar a ser cuerpos, opera tanto en los elementos que quedaron abandonados y ajenos a la suerte de sus dueños, como en aquellos que les acompañaron sepultados junto a ellos. Su observación, a menudo, invoca en el espectador la memoria de una forma vívida, tanto para quienes conocieron al difunto, como para quienes nunca antes oyeron hablar de él. El efecto es inmediato para el que mira, siempre y cuando sepa. El requisito indispensable para que tenga lugar el hechizo es ese, ser conocedor del contexto. Solo así, el objeto adquiere esta capacidad invocatoria. Por lo que, si convenimos en que la mirada nunca es estática, que la mirada no puede ser pasiva, llegamos a la conclusión de que, entonces, ese objeto no sólo evoca la memoria de un ser extinto, sino que es también capaz de invocar la de otros. No existen los objetos neutrales. Les pongo un ejemplo. Yo, cuando veo los zapatos de tacón de una mujer ejecutada y enterrada en una fosa común de Paterna, invoco el fantasma de mi abuela de inmediato. Se me aparece ella, antes que nadie, sin necesidad de que calzara jamás esos mismos tacones. Eso no importa. Los zapatos activan el dispositivo de nuestras memorias particulares para conectarnos a una memoria compartida. Una que no tiene por qué hallar su raíz en el espacio, tampoco en el tiempo, sino en la experimentación de la ausencia, en la sensación de vacío, en la intuición de desgarramiento eviscerado que provoca el arrancamiento injusto de un ser querido. Es ahí, en esa toma de conciencia del dolor ajeno, donde las cosas se convierten en cuerpos.

Esta metamorfosis, sin embargo, no es —en su totalidad— el fruto de la nostalgia. Ni mucho menos. La nostalgia es privilegio de los vencedores, de los criminales, de los perpetradores del saqueo. Y en las generaciones de la posmemoria, la nostalgia es una trampa, el eco de las infancias felices que las vencidas nos regalaron, a costa de callar el peso de todo lo sufrido. Pero las represaliadas de la posguerra, las resistentes de ese mundo ocupado, en todo caso, sufrieron de *alteralgia*: un sentimiento de añoranza por la vida que no vivieron, la que no fue, la que les truncaron. La pena por los hijos que no nacieron, la emancipación que no olieron, la felicidad que ni rozaron:

No temas al despertar que tu memoria es mi esperanza (...)

¿De qué color serán los ojos del niño que no tuvimos?

¿A qué olerán las sábanas cuando se nos quedé dormido?

*No temas al despertar
que los fantasmas ya se han ido.
Esa nana que se nos quedó a medias tú la cantarás
entera, entera, entera...*¹

Cuidado. No toquen la barandilla. Recuerden que aquí, en la ESMA², incluso esta escalera es una prueba pericial del crimen. Hace cinco años, mi pareja y yo viajamos a Uruguay y Argentina en viaje de novios. Yo quería seguir los pasos de mi bisabuela en el exilio y además buscar en Montevideo la partida de nacimiento de mi madre, que fue inscrita sin apellidos por deseo expreso de quienes la engendraron. *[Pero esa es otra historia y por eso me detendré aquí. Al menos, por ahora.]* Dejamos para el final de la travesía la obligada visita a la ESMA y eso fue lo que nos dijo nuestra guía. Sabía que estaba en un santuario, en un espacio abotargado aún por el aire de la violencia, pero no era plenamente consciente de que me hallaba en un zona acotada por los científicos forenses: el lugar de un crimen que sí. Que sí fue y sigue siendo investigado judicialmente. “No me culpen. *Yo vengo de la Anomalía*”, debería haberle dicho. España: el lugar del crimen impune, del crimen perfecto. El que se nos ha venido ocultando hasta ignorarlo. Hasta hacernos creer que no. Que no pasó nunca. Vengo del país del crimen que no.

Leo en la página web de la ESMA: *Por esa escalera, eran subidas y bajadas constantemente las personas detenidas-desaparecidas, engrilladas y encapuchadas. El paso de las y los prisioneros por la misma escalera que utilizaban los oficiales alojados en las habitaciones del Casino de Oficiales es una prueba de la naturalización de los crímenes de lesa humanidad allí cometidos.*

Y pienso que en mi país no hay escaleras protegidas o custodiadas pericialmente, tampoco están resignificados los espacios que enmascararon la violencia, ni siquiera hay una placa bajo la ventana por la que arrojaron a un hombre antes de fusilarlo. Ese hombre era Julián Grimau y el edificio desde cuya ventana fue lanzado era el de la Dirección General de Seguridad. Más conocida como la DGS. Estaba en la Puerta del Sol de Madrid, frente al Km.0, en la actual

¹ Fragmento de la canción original *Nana a medias* con letra de Antonio Manuel y voz de Rocío Márquez para el documental *Pico Reja, la verdad que la tierra esconde* de Arturo Andújar y Remedios Malvárez.

² Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) en Buenos Aires (Argentina) en el que funcionó, durante la última dictadura cívico militar, entre los años 1976 y 1983, un centro clandestino de detención, tortura y exterminio. Actualmente, es un espacio dedicado a la memoria y la defensa de los derechos humanos.

sede del gobierno de la comunidad autónoma. Nada invoca a la memoria en esa institución — ahora, al parecer, democrática— que durante décadas albergó la tortura en cada uno de sus rincones. Sin embargo, aunque no haya señal, para aquellas que sabemos, pasar por ese suelo —en que una vez yació el cuerpo moribundo de un hombre— te hace contener el aliento. La memoria en ese lugar es capaz de congelar el aire.

A veces el lugar se convierte en objeto. Cuando no existe nada tangible que dé forma al recuerdo, siempre queda la tierra. En Estados Unidos, la profesora Jalane Schmidt, directora del Proyecto Memoria de la Universidad de Virginia, me explicó cómo han preservado la historia de los miles de linchamientos de personas negras a manos de supremacistas blancos que se produjeron a lo largo del siglo XX en todo el país. En el National Memorial for Peace and Justice inaugurado en Alabama en 2018 pueden observarse cientos de baldas repletas de tarros de cristal que contienen la tierra del lugar en que tuvo lugar la tortura y asesinato de cada una de las víctimas. En cada tarro, visibles, figuran el nombre y la fecha. Cuando el cuerpo fue desaparecido por las manos asesinas. Solo queda la tierra para coser el recuerdo a la memoria colectiva. En Paterna, los familiares de las víctimas también preservaron la tierra, al menos las de las fosas 100 y la 126, la llamada *Fossa de la Terra*.

Dice el arqueólogo Alfredo González Ruibal que es cierto que *los objetos son pruebas forenses, pero reducir un objeto a su estatus de evidencia es privarlo de lo que verdaderamente es: un pedazo de humanidad*. Ruibal detesta el morbo que suscitan los huesos, *nos reducen a nuestra condición de animales, nos despersonalizan. Nos devuelven a todos al mínimo común denominador de vertebrado. Y eso es lo que desea cualquier genocida*. Por esa razón, defiende la humanidad de los objetos frente a los huesos. *Lo que nos hace personas y nos devuelve la identidad. En las fosas de Ruanda aparecen objetos. Miles. Y cuando salen de las fosas parece que nos llaman, nos exigen prestarles atención, escuchar su historia ahora, ya que no escuchamos los gritos de sus dueños cuando estaban vivos. Cuando nos pedían auxilio. Un vestido de niña blanco con encajes, una mochila escolar (...), un zapatito calado (...), un pantalón de pijama (...), un pantalón pequeño, otro pantalón pequeño, otro pantalón pequeño...*³.

Tania Tervonen, periodista franco-finlandesa, ha confirmado estas experiencias en su obra *Las sepultureras*, un trabajo en el que documenta el proceso de recuperación de los cuerpos desaparecidos durante la guerra de la extinta Yugoslavia.

³ González Ruibal, A. (2023) *Tierra arrasada*. Ed. Crítica.

“Céline es jurista especializada en crímenes de guerra y conoce bien Bosnia-Herzegovina. La víspera del viaje, quedamos en la terraza de un café (...) Ella, de ordinario tan parlanchina, se sentó frente a mí y guardó silencio unos instantes. A continuación, me dijo: “No sé cómo explicarlo. Son imágenes que se te quedan grabadas y ya no te las puedes borrar de la cabeza”. La suya era un fular de mujer que habían sacado de la tierra”.

No son las cifras, no es la descripción precisa y meticulosa del crimen: es un simple fular el que condensa el horror en Céline. Es un pañuelo que se transforma en alguien.

Eso nos pasó en España con *el sonajero*. Conocimos la historia de *La madre que llevó un sonajero a su fusilamiento*⁴⁴ de la pluma del periodista Nuño Domínguez en 2019 y, todavía hoy, en determinados foros públicos, solo con mencionar este objeto se precipita en cada uno de nosotros la imagen difusa de una mujer siendo asesinada por un pelotón de fusilamiento.

“Este objeto y la historia que hay detrás de él ha servido para que toda una familia recupere la memoria de unos hechos que habían estado enterrados hasta ahora. Los registros del cementerio viejo de Palencia indicaban que el cadáver era de Catalina Muñoz Arranz, de 37 años y natural de Cevico de la Torre, un pueblo a 30 kilómetros de la capital palentina. Tenía cuatro hijos cuando la mataron. El más pequeño, de 9 meses, era

Aquel bebé es hoy un hombre de 83 años que vive en una casa humilde de la calle principal de Cevico de la Torre, con unos 400 habitantes. (...) “De mi madre no recuerdo nada”, dice Martín de la Torre Muñoz. “No sé ni qué cara tenía, porque no tenemos ninguna foto suya, esa es la pena”, confiesa. Nunca pudo indagar sobre su madre y en la familia casi no se habló de lo sucedido”.

A menudo, la arqueología no sólo aporta información a la sociedad en su conjunto, sino que alumbra un conocimiento inédito y específico —como en ese caso— a un hijo sobre la propia madre. El silencio colectivo que impuso la dictadura a través del miedo no solo afectó a las relaciones comunitarias sino también a las relaciones intrafamiliares. Durante décadas, familias enteras han perpetuado y heredado un silencio traumático en torno al paradero, circunstancias de la muerte y, por ende, la historia de vida de sus miembros desaparecidos. El régimen consiguió en innumerables ocasiones que los familiares contribuyeran, por mero instinto de supervivencia, al ocultamiento del crimen y al olvido de las biografías de las personas represaliadas.

⁴⁴ Domínguez, N. (10/05/2019), “La madre que llevó un sonajero a su fusilamiento”, *El País*, https://elpais.com/elpais/2019/05/07/ciencia/1557240719_368278.html

No he olvidado nunca una de las primeras nociones que leí de antropología física y forense, atribuida en algunos textos a Carl Sagan, que decía que no se debe confundir nunca *la ausencia de evidencia* con *la evidencia de ausencia*. Porque en los edificios que han albergado seres humanos en estado de angustia o reclusión siempre queda alguna huella, alguna cicatriz escondida en forma de *graffiti* que, una vez hallada, permite abrirse paso a la memoria. Eso ocurrió en Camposancos. La ausencia de evidencia se desvaneció un día, a la luz de unas cerillas: “Nos acercamos (...) y empezamos a leer nombres escritos en la pared. Lo escrito era una especie de epitafios de urgencia⁵⁵”. Fue uno de los campos de concentración franquistas más importantes de Galicia, no en vano quedó renombrado en el imaginario popular como “la puerta del infierno”. En su origen había sido un colegio de jesuitas en 1937 fue transformado por los militares sublevados en prisión. Más de trescientos espacios como este -un colegio- se convirtieron en campos de concentración de la noche a la mañana, inmediatamente después de quedar firmado el bando del fin de la guerra, a través de cuyo vocabulario ya podía presagiarse el carácter destructor y vengativo de la victoria. Conventos, monasterios e incluso cines sirvieron de espacio de reclusión provisional que, sin embargo, la dictadura consiguió borrar del paisaje y de la memoria en pocos años. Ballesta y Rodríguez Gallardo, los investigadores que estudiaron este, contaron con testimonios de primera mano para confirmar el origen de las voces de los muros. “Entonces nosotros íbamos mirando las paredes, que estaban todas escritas a lápiz (...). Y había pues dibujos, había nombres, había fechas, había datos (...) Había un almanaque (...) donde ponía: enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, julio y agosto, hasta la mitad. (...) Y debajo ponía: “veo esto tan feo que me quedan pocos días”. Y a partir de ahí se quedó el almanaque sin [tachar]”.

El muro operaba como registro paralelo de la prisión, también como pizarra en la que anotar cálculos matemáticos o cuaderno en el que esbozar cartas o pequeñas dedicatorias, como si al hacerlas se estableciera un verdadero diálogo entre el cautivo y la persona amada. La escritura como antídoto humanizador, escribir para *desanimalizarse*.

Escribir para no desaparecer.

⁵ Ballesta, J., y Rodríguez Gallardo, Á. (2008). “Camposancos: «Una imprenta» de los presos del franquismo”. *Complutum*, 19(2), 197-211. <https://revistas.ucm.es/index.php/CMPL/article/view/CMPL0808220197A>